

## El secreto

Alina se sentía un poco cansada, le dolía apenas la garganta pero no tenía fiebre, según le había informado el agente de seguridad del supermercado del barrio, después de apuntarla con el termómetro digital. “Me tienen harta con el COVID”, refunfuñaba, mientras entraba a su casa, se sacaba los zapatos, se lavaba las manos y se cambiaba la ropa. “Nos vamos a morir, pero de encierro”, repetía mientras ordenaba las compras sobre la mesa y las rociaba con desinfectante. Enseguida guardó todo, lavó el barbijo y se desplomó en el sillón.

Un mensaje en el celular le confirmó que una de sus amigas, con la que había compartido una tarde de té y charlas la semana anterior, estaba aislada preventivamente porque era contacto estrecho de un positivo. Repasó mentalmente aquella jornada y decidió que había guardado suficiente distancia y que muy probablemente lo suyo no era COVID, sino la gripe de todos los años. Aun así, no pudo sacarse la posibilidad de la cabeza y le costó varias horas dormirse.

Amaneció con algo de tos seca, pero para el mediodía estaba bien. Nada que un analgésico no pudiera resolver. Decidió ir a ver a su abuelo. Don Julio se sentía terriblemente solo porque nadie lo visitaba. Como era hipertenso y padecía EPOC por haber fumado tanto, la familia insistía en no dejarlo salir y extremaba los cuidados, una de sus hijas le hacía las compras y otra los trámites. Lo llamaban por teléfono todos los días, pero extrañaba sentarse a tomar mate. Por eso, cuando Alina llegó con medialunas y le propuso cebarle unos amargos se puso feliz. “Es un secreto entre nosotros, abuelo”, le dijo, “por favor, no le cuentes a nadie”. Pasaron la tarde entretenidos, conversando sobre las noticias en la tele y el clima. Como nunca, se tomaron dos pavas.

Pocos días después, don Julio tuvo una súbita neumonía. Aislado en terapia intensiva, no alcanzó a despedirse de su familia, que debatía cómo es que

pudo enfermarse si habían sido tan precavidos. Al final, el virus circulaba por todos lados y era cuestión del destino.

En la cuadra lo querían tanto que la junta vecinal le compró una corona de flores. Mucha gente llamó a la radio del barrio, en la que era un oyente conocido. Padre ejemplar, compañero de trabajo formidable antes de la jubilación, toda la semana se lo recordó con cariño. El virus no distinguía entre buenos y malos, aseguraban las hijas llorando cuando alguien las llamaba para darles el pésame.

Alina también lloraba, pero de alivio. “Es un secreto entre nosotros, no se lo digas a nadie”, le había pedido el abuelo ese verano, hace como veinte años, mientras le besaba los pequeñísimos pechos y le metía la mano por entre la bombacha. Ella tenía diez años. Todavía le dolía el cachetazo que le dio su madre cuando se animó a contarle, como a los trece. Que nunca más se le ocurriera repetir semejante mentira, que cómo podía ella inventar eso, si el abuelo era tan buena persona. Fue un sopapo parecido al que recibió su prima Mirta unos años después, de parte de su tía y más o menos con las mismas palabras. Esto lo supo hace tres meses, en una videollamada trasnochada de cuarentena, en la que varias primas decidieron destapar ollas y sacudir la tierra que la familia guardaba debajo de la alfombra.

**Paula Virginia Leyes**

Estudiante de Tec. En Viveros

Sede Andina UNRN

Octubre 2020